

## EL DRAMA DEL ARTE. SOÑADORES Y CREADORES.

Señoras y Señores:

Es ley del sentimiento que cuando imaginamos, vemos o escuchamos algo que nos impresiona, deseamos que alguien, próximo o distante, participe de nuestra emoción; sin este deseo de expansión comunicativa es muy posible que el hombre no hubiera sentido jamás la necesidad de hablar, de escribir, ni de producir arte.

Todo ser, por muy limitado de luces mentales que parezca, tendrá alguna vez necesidad de exteriorizar su alegría o su dolor y su admiración por lo bello. Los sentimientos brotan del fondo de nuestra sensibilidad, ágiles y vivos, con esa divina gracia y frescura con que el agua brota del manantial purísimo; lo difícil es encontrar su expresión justa y bien concertada a un tiempo, don y privilegio que muy pocos alcanzan... Ahora bien; figuraos lo penoso que sería para un escultor su convivencia con los demás seres, si su espíritu estuviera imposibilitado de exteriorizar aquellos sentimientos que, precisamente por su matiz y calidad tan ágil, fugaz y alada, tanto se diferencian de la solidez y sentido perdurable de la escultura.

Sabemos, por ejemplo, que Fidias fué un extraordinario escultor, un genio del mundo antiguo. Pero quien conozca la historia de Grecia ¿será capaz de no suponerle a Fidias una cultura semejante a su época? Aquel hombre de alta estirpe humana, griego por añadidura, acudió a los gimnasios y a los juegos olímpicos de Atenas para recrearse en la belleza, como Sócrates y Platón y ante la contemplación de la gracia y la armonía de los cuerpos casi divinos, los filósofos y los poetas más insignes habrían de dialogar con Fidias, el supremo maestro. ¿Cuántas ideas sobre estética de lo bello no habrán nacido en el ambiente del taller de aquel escultor tan excepcional, que sólo vivió para crear dioses?

Piensa Nietzche que "sin los bellos mancebos atenienses no habría filosofía platónica".

A su vez, Sócrates, el hijo de Sofronisco el estatuario, podía ha-

ber llegado a ser rival de Fidias. Cuenta Pausanías haber visto en la Acrópolis “un grupo de las Gracias vestidas, obra bellísima de Sócrates, que dejaba entrever un futuro gran artista”. Lo que demuestra que Sócrates, inmortal por su filosofía, fué admirable escultor en su juventud.

Y si evocamos el mundo del Renacimiento, habremos de recordar que el genio atormentado y barroco del gran Miguel Angel, junto a sus concepciones de escultura y pintura, nos legó una inapreciable colección de versos, algunos extraordinarios por su expresión y profundidad. Y que Leonardo de Vinci, el maestro de la mente genial, que vivió y murió martirizado por el ansia del conocimiento, fué glorioso pintor y gozó de fama de escultor, músico y poeta. También escritor de soberana fuerza descriptiva lo fué, a su vez, el fantástico aventurero, fanfarrón incorregible, maravilloso orfebre y escultor de gran renombre, Benvenuto Cellini; y el Bassari, escultor, y, sobre todo, biógrafo insigne del Renacimiento italiano, a quien debemos tantos datos palpitantes sobre la recia personalidad y las costumbres de los artistas de su época; y el pintor Francisco de Holanda; y el español Pacheco, y tantos otros, que fueron pintores, escultores y escritores a la par.

Pero, ¿a quién seguir? Recordemos, finalmente, a dos grandes escultores de nuestro tiempo, Rodín y Bourdelle, porque tuvieron un concepto elevadísimo del arte. Su labor entusiasta les hizo meditar a diario sobre la forma humana y la expresión de la Naturaleza; de aquí sus ideas de tan alta originalidad y que han sido divulgadas profusamente en todos los idiomas.

Así, pues, yo creo que, bien se nos puede permitir a los pintores y escultores la inocente expansión espiritual de divagar y hasta filosofar sobre estética, si nos place. Por fortuna, el artista de nuestros días tiene tiempo para todo, me atrevo a decir que hasta para aburrirse y bostezar. No se inquieten ciertos intelectuales, a quienes el escultor que habla o escribe, aunque de tarde en tarde, les resulta algo así como la bíblica oveja descarriada. Sustentan tales señores la muy imbécil teoría de que el escultor sólo debe respirar el polvo de la piedra. Pudiera decirse que estos celosos pastores de la sensibilidad del siglo XX sienten no sé qué extraña predilección por descubrir salvajes de cierto instinto a quienes llamar geniales

Y ahora.... de qué hablaros?

Fantasearé sobre la Acrópolis sagrada y la colosal Minerva de oro y marfil esculpida por Fidias? O quizás mejor sobre los escultores ibéricos y la Dama de Elche, las estatuas funerarias y las extrañas divinidades?

Acaso estaría mal traer a comentario las esculturas de los Museos de Europa? El Louvre, por ejemplo, con sus asombrosas colecciones egipcias y asirias; o el Museo de Nápoles con sus bellísimos bronceos de Pompeya y Hereuliano, oxidados por la lava del Vesubio.

Y por qué no exponer aquí las preocupaciones actuales, las tendencias novísimas? Recoger todos los "ismos" que fueron y serán hasta llegar a ese "ismo" fulminador anunciado por las intrascendentes revistas de vanguardia, que amenaza sepultar para siempre cuanto prevaleció siglos y siglos por la gracia del genio y la devoción de los hombres?

Prefiero hablaros, no ya, de las obras de arte, sino de las ilusiones y fervores del artista; de tantos sueños desventurados que se disiparon en la vana y dolorosa pretensión de alcanzar metas elevadas.

Voy a intentarlo y que la sinceridad y las musas me acompañen venturosamente en tan ardua empresa.

### LA CONFIRMACION DE MI VERDAD

Este que veis aquí.... El que ama la austeridad y la solidez de la encina solitaria; quien siempre vela por la intimidad e independencia de su yo; el que no consintió jamás que los demás intentaran modelarle a su autojo con aplausos o censuras; el paladín de la perpetua rebeldía—como quisieran los que mal me quieren— aquel "selvático"—como me llamaron en mi juventud; arribó a esta hermosa tierra peruana al cabo de largos años, fecundos en el trabajo y la meditación del arte, portador de una verdad que deseo transmitir como la mejor de las enseñanzas a aquellos jóvenes que comienzan en el arte, ilusionado de que sabrán recogerla y cultivarla para su bien. Y mi verdad es ésta: que un artista puede y debe laborar silenciosa y apasionadamente, al margen de apetencias de logros inmediatos, para alcanzar, al fin, el más supremo galardón.

Jamás fué la envidia buena consejera de los artistas; ni la intriga puede conducir a ninguna cumbre elevada; ni tampoco adulando a los poderosos se consiguen triunfos verdaderos y perdurables en el mundo del arte; sino por el contrario, con el trabajo diario y fervoroso, con el más absoluto desinterés de lo material, con ardimiento, con amor y dolor; es así, como se logran la estimación, la fama y hasta la gloria. No es con la prisa, ni con la ambición mezquina, ni por medio de zancadillas y puñaladas traperas, ni con malas artes, como se alcanzan las grandes metas del espíritu, sino con orgullosa sencillez y con dignidad. Los grandes hom-

bres que yo conocí, y precisamente los mas grandes de mi España, de la España inmortal, fueron una lección de orgullosa sencillez.

### LOS HEROES ANONIMOS

A lo largo de mi incansable peregrinar por el mundo del arte, he conocido héroes que, a pesar de su admirable entusiasmo, a pesar de su privilegiada y luminosa imaginación, quedaron en el anónimo más gris, frío y desconsolador, porque fueron vencidos traicioneramente por la tisis, por la miseria o por la locura.

Tristeza me produce recordar los nombres de aquellos amigos desventurados, de aquellos grandes espíritus desconocidos con quienes compartí tantas ilusiones y quimeras, y que pasaron por la vida como un pálido cortejo de sombras silenciosas... Sólo a uno le fué dado gustar el sabor de la gloria al tiempo que moría: al malogrado Julio Antonio. Malogrado, sí; por más que sus entusiastas biógrafos y panegiristas de entonces ahora piensan de otro modo. ¡Ellos sabrán por qué! Malogrado, a mi entender, porque aquel hombre tan joven estaba poseído de ambiciones cumbreiras y de orgullo tan noble como justificado. Malogrado, porque se le quemaba el alma de afanes creadores y a los treinta años nos dejó una labor tan magistral, que parte de ella bien pudiera parangonarse con aquellas obras más fauosas de los grandes escultores renacentistas.

Sólo a él —al fin elegido de los dioses—, cuando los estertores de la agonía estrangulaban su pródigo corazón, le llegó el eco lejano de los clamores apoteósicos.

Pero ví hombres de exquisita sensibilidad para la música; les ví llorar en el rincón de un café, conmovidos al escuchar el Trio serenata, de Beethoven, o El aria, de Bach, y sin embargo, no supieron o no alcanzaron a escribir una bella partitura. Otros, que, al leer a un gran poeta, se impresionaban intensamente, y, a pesar de ello, no llegaron a componer un mediano soneto.

Encontré maravillosos temperamentos de artistas que no lograron jamás pintar un cuadro aceptable o hacer una estatua mediocre, porque la materia se les resistía obstinadamente. La vida se les fué en un doloroso ensueño y sus bellas fantasías no tomaron realidad tangible.

### LO QUE PODEMOS ALCANZAR

No conozco nada tan angustioso como el estar dotado de raras cualidades para crear belleza y carecer de aquella, que, precisamente por superficial, muchos alcanzan y hasta dominan con apa-

rente maestría; claro está que, en resumidas cuentas, tampoco a ellos les sirve para mucho. Me refiero a la técnica. El oficio, como vulgarmente se dice en los estudios y talleres de los artistas, pero que en realidad tampoco es tal técnica ni tal oficio, sino algo más importante y más profundo.

Pues bien; este es el gran secreto; por mejor decir, uno de los misterios secretos del arte.

He venido a un punto de mi reflexión, a la consecuencia de que tanto el amateur o gustador de lo bello como el soñador de belleza, se diferencian fundamentalmente de aquel que, en su sentido más elevado y noble, llamamos el creador de obras bellas, en música, pintura, arquitectura y escultura.

No aludo aquí —la Gracias me libren— al simio con habilidad para imitar la forma y profanar mármoles de blancura purísima. Ni al maniático embadurnador de lienzos. Ni tampoco al peligroso fabricante de rascacielos de pesadilla horrenda. Y menos aún a quien ataca las cuerdas del violín de modo tan estúpido e inconsciente, como pudiera hacerlo un loro que cantara romauzas sentimentales al elaro de luna. Estamos en un lugar nobilísimo, donde no sería posible caer en tan banal como disparatada tentación.

¿Qué se necesitará, por tanto, para que se dé en arte esa conjunción de cualidades por las que podemos distinguir y valorizar, en la escala ascendente que va desde la medianía al artista admirable, al gran artista, al artista genial, y al genio inclusive?

He aquí el interrogante que muchos artistas —de haber sido posible— nos debimos plantear al comienzo de nuestros estudios y tanteos, cuando ¡Oh divina inconciencia! embriagados por el torrente circulatorio de nuestra sangre moza, el ritmo apasionado y vigoroso del corazón, cuando la euforia primaveral de nuestras secreciones internas nos embargaban y confundían; porque aquellos ensueños de faunillos jóvenes, aquellos arrobos, tan alegres como vagos e imprecisos nos aturdieron hasta hacernos creer capacitados para el penísimo sentimiento y la creación de la sublime belleza. Tarde ya, a veces nunca, llegamos a persuadirnos de que la creación sólo es de privilegiados, y que el resto de la humanidad, en vez de crear, procrea, que al fin y a la postre, es también una forma de sobrevivirse.

Pero el arte es otra cosa. Y verdadero artista, sólo lo será aquel que, conciente de su yo, sepa disponer de sus fuerzas vitales y espirituales para que la obra salga inmaculada y triunfal del caos aparente que invade al artista; porque caóticas son esas fuerzas opuestas o encontradas que luchan y se debaten furiosamente en torno del creador de belleza, de tal manera, que a veces logran que, desconcertado, se entregue a la desilusión y al hastío.

Y estas fuerzas imperiosas, que tratan de imponerse y dominar todas a la par, son—entre otras muchas imposibles de definir por su calidad inaprehensible— la técnica en oposición al sentimiento, la autocrítica frente al entusiasmo, la desgana ante la voluntad.

### LO CASI IMPOSIBLE DE ALCANZAR

Nadie, a mi entender, más ponderado y armonioso que el gran Velázquez; tanto, que representa la genialidad, sin que para dar con su evidencia, nos sintamos acuciados de la necesidad de exigirle imaginación. Velázquez es genial, sin pretenderlo casi, y lo es sin duda, porque desde sus comienzos, desde sus primeros pasos en el arte reunió en sí esas cualidades antedichas, supo domarlas magistralmente y no las dejó desmandarse jamás; por eso Velázquez supone un asombroso caso de dotes físicas y mentales.

Su mirada de Fénix de la Pintura sabía medir y valorizar con precisión maravillosa el volumen, la expresión, el ambiente y los términos de las cosas y los seres; pero, además, su gran alma fué pródiga en sentimientos humanitarios para cuantos retrató, desde aquel magnífico hampón Esopo, al insigne Pablillos de Valladolid, personajes de la inmortal picaresca española, por la gracia de Dios.

Y fueron también amables, piadosos y blandos sus pinceles al reproducir en el lienzo las efigies de reyes, príncipes y grandes señores, dotándoles de sencillez, gracia y nobleza, que, a buen seguro, no siempre tendrían.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puchner Converso»

LO INALCANZABLE

Pero si de la maestría perfecta y genial seguimos en pos del genio, aún habremos de salvar el abismo que nos separa de él.

Existe un lugar, tan alto y remoto, que nos será inaccesible por más que nos esforcemos, si la gracia divina no nos acompaña. Porque frente a ese abismo, rodeado de un bosque sagrado de mirtos y laureles de perenne verdor, se yergue la prodigiosa cumbre, radiante de luz, donde mora el genio.

¡Cuán distinto del gran Velázquez se nos manifiesta aquel raro y lunático pintor cretense, Dominico Theolocópuli, El Greco!

El Greco fué el supremo imaginativo de la cultura, el artista dotado de una tal genialidad, que bien podríamos, sin temor a exagerar, llamarle genio.

El Greco debió de pasarse horas y horas acodado en el alfeizar del ventanal de su taller en esas noches maravillosas y enigmáticas de Toledo, invadida su alma de ensueños celestiales... Por

eso fué el poeta y máximo pintor de glorias, resurrecciones y almas en estado de gracia.

Le poseía un frenesí genial y trazaba mágicos esquemas, abocetaba lienzos alucinantes al sentirse iluminado, traspasado por esa luz fosforescente de los plenilunios toledanos, luz tan propicia a las grandes revelaciones; la luz que deja entrever, en el bogar silencioso de las nubes, blancas formas de fantasmas erráticos, sobreogedora multitud de monstruos apocalípticos, vagos contornos de legiones angélicas.

El Greco, —pintor y poeta de imaginación oriental— fué el romántico vigía de esas noches en que la sagrada Toledo pierde su realidad geológica de roca granítica, de necrópolis de la Historia recubierta de huesos y ruinas encaladas, para transfigurarse en prodigiosa ara de plata repujada, reverberante, suspendida en el espacio.

Junto a las castellanas tierras pardas con que pintar ásperos sayales de penitentes, cuerpos martirizados por el ascetismo y rostros estáticos, había también en la paleta genial de Theotocópuli ese maravilloso color de claro de luna que dá a sus cuadros nimbos y reflejos astrales; luz del más allá.

Al Greco se le aparecían los espíritus de los caballeros toledanos en la hora del tránsito; por eso la terrosa lividez y la mirada enfebrecida del Caballero de la mano en el pecho y la expresión meditativa de arcano de ultratumba en los obsesionantes personajes engolados de El entierro del Conde de Orgaz.

Y si Velázquez pintó como nadie lo cotidiano, lo corpóreo y material, lo alcanzable y palpable, lo que—como suele decirse—se vé de tejas abajo, Don Jorge Theotocópuli, El Greco, nos descubrió el halo misterioso de los seres, la evidencial presencia del espíritu a través de las frentes y las miradas de aquellos caballeros enlutados del siglo XVI, capaces del heroísmo y la santidad, a la manera de nuestro señor y guía Don Quijote de la Mancha.

Pero si con los ojos del espíritu buscamos más lejos y más alto aún, allá... donde la imaginación se siente acongojada por el vértigo de lo infinito; remontados ya incluso por sobre la divina serenidad olímpica de Grecia, y aquellos maravillosos estatuarios de la época de Pericles, alcanzaremos a divisar el genio de la escultura de todos los tiempos: Miguel Angel.

El impetuoso Miguel Angel sintió el afán de esculpir esclavos y gigantes de musculaturas ciclópeas y contorsionadas, que parecen laocotes empavorecidos que se debaten contra terribles serpientes que los encadenan bárbaramente. Podría pensarse que esos colosos—no grandes por sus dimensiones, sino por el contenido de exaltación sobrehumana que encierran— son las fuerzas del al-

ma atormentada de Miguel Angel, aquel alma que, por tan grande, apenas si cabía en el mundo extraordinario del Renacimiento.

Los pensamientos descomunales de Miguel Angel se estrellaron siempre contra la terrena protección que le pudieron ofrecer aquellos papas, príncipes y mecenas italianos.

Miguel Angel era una fuerza de la naturaleza, que solamente podía vivir y respirar libremente en el ambiente grandioso de las montañas de Carrara. Allí se sentía un dios creador, y la materia virgen de las canteras marmóreas se le ofrecía dócil y tierna para sus concepciones. En aquel bíblico escenario de cumbres ingentes, que tenía por fondo la inmensidad del mar y por cúpula el insondable firmamento, se le aparecían esbozadas las formas pétreas de la formidable humanidad que el Supremo Creador del Universo había concebido. Eran los colosos, convertidos en montañas marmóreas, que desde el primer día del mundo estaban allí, tal como los había dejado la mano de Dios, para que el genio de Miguel Angel, como un nuevo Moisés, desentrañara su profundo significado.

Pecará de limitado de mente quien se atenga a las obras miguelangélicas legadas a la posteridad. Casi ninguna de ellas, ni el bello David, ni tampoco la soberbia estatua de Moisés, ni siquiera los hermosos sepulcros de los Médicis, con aquellas cuatro esculturas, que tienen sentido y aparentan dimensión de cordilleras —El Crepúsculo y La Aurora, La Noche y El Día—, nos demuestran apenas quien era Miguel Angel. Y solamente los cuatro esclavos abocetados en el mármol se conservan como la más soberbia lección de escultura —en el Museo de la Academia de Florencia, quizá, sean, por su espontaneidad, pasión y ardimiento, el más patente y puro vestigio del genio soberano de Miguel Angel.

Bien pudiera decirse que las obras que perduran y le dan fama inmortal no son más que ideas, tan sublimes como malogradas por la limitación. De aquí la amargura desdeñosa del escultor florentino; por eso la incurable melancolía con que nos interroga desde el fondo de su autorretrato. Hemos de creer que los altos designios que le guiaban fueron desorientados por la terrible tenacidad de los hados adversos.

“Me muero de impaciencia —se lamentaba— porque mi destino me impide hacer lo que quisiera”.

Sólo en la Capilla Sixtina pudo expansionarse la sublime capacidad visionaria y poética de Miguel Angel. En aquella terrorífica representación de El Juicio Final, muro pavoroso, abatido por una formidable tempestad de formas barrocas, donde la tirantez patética de las musculaturas y la violencia de los escorzos al chocar entre sí parecen atronar el espacio y producir el rayo ful-

minador, o destellos deslumbrantes de espadas flamígeras esgrimidas por arcángeles. Sólo allí nos dejó entrever el genio su asombrosa fuerza creadora.

### EL MILAGRO

Cuando escuchamos una composición musical—pongamos por ejemplo al gran Beethoven—, el eco de la voz del genio sacude y sobreexcita en cada espectador la capacidad sensible; pero nosotros, a nuestra vez, pudiera decirse que aportamos con nuestra emoción otros instrumentos de múltiples tonalidades que van a fundirse con la orquesta para elevarse al fin en un canto espiritual, y es entonces cuando presentimos, cuando, conmovidos, sentimos las lágrimas en nuestros ojos mortales, es entonces cuando presentimos la divinidad. Quizá el gran Beethoven soñó así su Canto a la alegría. Quizá esta purísima comunión de las almas fuera el origen de su inmortal Novena Sinfonía.

La misión más noble y elevada del arte es despertar el sentimiento, y cuantos más contenidos de belleza, de estados de alma, de emoción y de misterio existan en la obra de arte, por su forma, sonido, color y expresión literaria, tanto más cerca estará ésta de la auténtica genialidad. Porque la obra del genio es eso: un mundo de ideas, imágenes y emociones reconcentradas en la insignificancia de un libro, de una partitura, de un cuadro, de una estatua; todo ello atómico al lado de la Naturaleza.

Y ese volumen plástico, ese cuadro, esa composición musical, ese libro, que podemos someter al metro y al minuterio del reloj, no tienen, sin embargo, medida, ni tiempo, ni fin.

Sería maravilloso poder seguir latido a latido el proceso milagroso y casi divino que el artista privilegiado sentirá en su espíritu para lograr ese alma de tantas almas, ese misterio de tantos misterios.

Y, ya exaltados por el entusiasmo y el fervor, bien podríamos imaginar—y quizás no nos equivoquemos— que el genio es la mágica antena perceptora a la que todos los latidos humanos llegan, haciéndola vibrar como un arpa eólica. En el genio están la alegría y el dolor, el bien y el mal, el nacer, el morir y la resurrección, lo consciente y lo inconsciente, el átomo y el cosmos, lo finito y lo infinito, lo que fué y lo que será, la eternidad misma... Dios... y a veces Luzbel asomándose a la frente y a los ojos del genio.

No se debe dudar—y los que nos dedicamos al arte menos que nadie, a no ser unos fracasados— de que en nuestros días pueden existir temperamentos artísticos semejantes a aquellos de épocas gloriosas. Creamos más bien que los artistas de entonces fue-

ron solicitados y alentados por papas, príncipes y grandes señores o por la religiosidad del pueblo soberano.

Pero, ¿quién reclama hoy, como necesarias, las fantasías del verdadero pintor, del escultor, del arquitecto?

¿Quién, como los egipcios, los asirios y los persas se enfrentará con las montañas para darlas las formas de dioses o narrará en su piedra viva algún hecho grandioso digno de perdurar?

¿Cómo crear un Partenón?

¿Dónde encontrar aquel encendido sentimiento religioso de la Edad Media, capaz de elevar como ardientes plegarias de piedra dorada, las torres místicas de las catedrales góticas?

¿Quién será el Monarca inspirador de la imponente fábrica granítica de un Escorial?

¿Y, qué Papa en nuestros tiempos, cometería tal pecado de soberbia, como el de soñar con un nuevo Miguel Angel que imaginara y labrara su sepulcro?

¿Dónde está la sagrada Neetópolis, en que el simbolismo y la expresión de la muerte, nos haga meditar, en vez de producirnos una sonrisa irónica?

¿Quién concibe hoy la realización de grandiosos altares de la Patria, arcos triunfales, colosales estatuas conmemorativas, faros espirituales, frisos grandiosos dedicados a los caudalosos ríos que llevan el bienestar, la salud y la alegría a comarcas infinitas?

¿Para cuándo las bellas composiciones de alegorías plásticas, que pudieran ornamentar los pórticos, las aulas y los amplios patios de las modernas universidades; los frontones de las bibliotecas; los atrios de las escuelas nacionales; los teatros a plena luz, los baños públicos y los estadios?

No se culpe al artista de falta de imaginación, de entusiasmo ni de genio. Digamos mejor, y digámoslo con la más profunda amargura, que nuestro siglo es el terrible siglo de la incredulidad... El siglo sin dioses... Aquellas deidades de las mitologías paganas... de los olímpicos cantos homéricos; al fin se convirtieron en bellas estatuas que se atedian de su divinidad en las salas de los museos... pero también... ¡Oh dolor... se nos va aplacando, enfriando, apagando y muriendo en agonía lenta y espantable, aquel encendido amor hacia el dulce y humanísimo Jesús del Sermón de la Montaña... El Hijo de Dios que intentó redimirnos desde el Gólgota... Por eso, el hijo del hombre actual, el hombre de mañana, ya no habrá de mirar ni interrogar al cielo, sino guiado del deseo de superar su autorecord de altura, de velocidad o de crueldad inhumana y ciega. El hombre de mañana ya no creerá en lo maravilloso, si lo maravilloso no nace de él...

La máquina y el motor, con sus explosiones estridentes, subs-

tituirán definitivamente el esfuerzo del hombre, y éste no será sino el impulsor del movimiento y el latido, de ese nuevo monstruo apocalíptico de organismo de acero y de fauces devoradoras que, hora tras hora, día a día, irá triturando fatalmente la personalidad y el sentimiento del ser humano. Por eso, al fin, el artista habrá de ocultarse con sus fábulas, sus canciones y sus dioses de arcilla o de granito. Y así terminará la era del sentimiento, de la belleza y de la espiritualidad, del ser humano.

Y cuando al correr del tiempo, el hombre de alma de aluminio, cerebro recauchutado, corazón de acero y ojos de cristal de roca, descubra aquellos ídolos extraños que formaron los últimos artistas, o intente desentrañar el sentido de unos versos o los signos de una partitura musical ¡nada comprenderá!

Pero, entretanto, ¿quién, que se dedique al arte—a no ser un insensato pobre diablo— no presintió alguna vez la genialidad? ¿Quién, en las comienzos de dibujar o labrar un bloque de mármol no se creyó guiado por sublime inspiración? ¿Qué músico pudo ser aquel que al escribir su primera partitura no invocó a Mozart o Beethoven, Wagner, Debussy, Falla o Strawinsky, y no sintió a su alrededor ese halo poético con que envuelve y embriaga la divina armonía? ¿Y qué pintor no fué poseído por la noble emulación de llegar a la maestría de un Leonardo de Vinci, un Alberto Dure-ro, un Holbein, un Zurbaran, un Velázquez o un Goya? ¿Qué ar-quitecto no imaginó pórticos tan bellos que no fueran dignos de co-locarse en el templo de la Sabiduría?

Amemos la sinceridad, que nunca fué la hipocresía cualidad de artistas. ¡Cantemos apasionadamente la arrogancia de Icaro, el escultor de alas de cera que quiso llegar al Sol!

¡Sean bienaventuradas aquellas almas que se abrasaron de afanes creadores, porque fueron purificadas al intentar sublimarse! ¡Dichosos y bienaventurados aquellos que cultivaron el arte guiados de una pasión tan fuerte que sólo al gran amor es comparable! ¡Bendito mil veces el fracaso, bendito sea, si éste nos llega al final de nuestros esfuerzos!

Amigos artistas que habeis acudido a escucharme...

Antes de descender de esta Tribuna de la Facultad de Letras, de la muy insigne Universidad Limeña, donde he tenido el honor de subir por segunda vez... deseo—aunque de modo conciso y parco—dedicar un recuerdo fraternal y un homenaje tan conmo-vido como justo al gran escultor y arquitecto, Manuel Piqueras Cotoí.

Piqueras Cotoí significa para mí—nada menos— que el com-pañero inolvidable de la mocedad, uno de los más ardorosos y des-tacados paladines de aquella, que, bien pudiéramos llamar, agru-

pación de solitarios y rebeldes, tan entusiastas y ambiciosos de gloria que intentó crear —y en parte lo logró— el Renacimiento de la escultura del siglo XX en España... Por eso yo ahora, tomándome la espontánea y honrosa atribución de creerme el representante, o por mejor decir, uno de los contados supervivientes de aquella pléyade de iluminados, tan arrogante y briosa, como malograda, siento el deber de hablar aquí de uno de ellos, de uno de los mejores, y éste lo fué Piqueras Cotoí;... hombre de exquisita sensibilidad y singular cultura;... artista consciente de su misión; noble sembrador de ejemplaridad;... maestro destacado de este plantel joven de artistas peruanos, tan interesante y prometedor, del que los más de vosotros formáis parte...

Gran emoción sentí al entrar por primera vez en su taller de la vieja casona de Malambito, y, ver todo dispuesto para que la labor magnífica de Piqueras Cotoí, hubiera podido continuar por el camino de perfección... pero... un sobrecogedor silencio de largos ecos lúgubres y una huella inconfundible e imborrable que invadía el ambiente y lo enfriaba todo, me decía mejor que las palabras, que la parca de la muerte había pasado por allí, donde antes ardiera perenne el ara del entusiasmo creador, animada por el amor y credulidad de una dama de admirable espíritu, Doña Zoila Sánchez Concha, esposa del artista ... y que ahora ya, aquel lugar sólo estaba dedicado al culto del recuerdo....

Otra vez más, amigos míos, se había consumado el drama de la pasión y muerte de un auténtico forjador de belleza... Pasión y sacrificio de aquel que no pudo llegar —y tan poco le faltaba— a la meta cumbre que se proponía.

Drama impresionante, de quien, por su rica inspiración; por su alma siempre inflamada y propensa a los altos vuelos, (no le importaba si sobre pegasos victoriosos, o sobre clavileños, de la sublime quimera)... Por su corazón tan bien templado para el sentimiento de lo bello;... por su talento y profundo conocimiento de la ciencia del arte, hubiera tenido, aún, mucho que producir,... tanto con qué regalarnos si no le hubiera fallado la vida de modo tan súbito....

¡La Vida! Ese portentoso milagro con que la Divinidad se nos manifiesta tan patente... Prodigio que nos consiente surgir de las tinieblas de lo Eterno... un instante apenas... pero lo suficiente, sin embargo, para darnos lugar y tiempo de latir... de sentir y sentirnos;... de pensar;... de dudar o creer;... de orar o blasfemar;... de alcanzar conciencia del bien y del mal;... de amar o procrear, y gozar y sufrir, reír y llorar....

De posar nuestros pies y caminar por sobre la yerba fresca, o los guijarros hirientes; bajo la luz del padre sol, que alumbraba y

fecunda este maravilloso valle de la felicidad, de las lágrimas y de la muerte.

De soñar; de adivinar;.. descubrir y crear, antes de retornar a hundirnos de nuevo—acaso para siempre jamás— en aquel misterio impenetrable de donde vinimos.

¡Oh pavorosa y sublime concepción del escultor supremo al modelarnos de barro deleznable y de espíritu;.. de miseria y grandeza;.. de humanidad perecedera y de genialidad...

Artistas aquí congregados; maestros y aprendices del arte... yo os invito a todos para que vayamos juntos, como hermanos, a depositar ramos de flores, de laurel y de roble, en el sepulcro de Piqueras Cotoquí... Aquel cordobés-limeño que tan hondamente supo—porque así lo sentía— arraigar y florecer entre vosotros. Aquel hispano-peruano, cuyos pensamientos luminosos fueron truncados a la hora más fecunda y radiante, en su pleno mediodía del vivir y del crear... ante la mirada atónita de las musas... y nuestro dolor.



VICTORIO MACHO.

**Biblioteca de Letras**  
«Jorge Puccinelli Converso»